

La raíz del aire

por Amaia Iturbide

Luma eta lurra (80 hamarkadako euskal poesia) ["La pluma y la tierra (la poesía vasca de la década de los 80)"] es el título del último libro de Jon Kortazar. A través de este ensayo el lector podrá conocer en profundidad la poesía vasca actual.

Tras un conciso prefacio, en el primer capítulo considera a la banda Pott como un grupo renovador, creador de una literatura de amplia autonomía en respuesta a la literatura social predominante en aquella época y analiza la obra de Bernardo Atxaga en varias etapas. La primera fase correspondería al poemario vanguardista *Etiopía*, en donde se afirma que Etiopía significa, por una parte, el desierto, la arena como ironía de la piedra, símbolo de la poesía social asumida por Gabriel Aresti; y, por otra parte, se contrapone a "utopía", es decir, la arena como el lugar del desparaíso. En lenguaje irónico Atxaga se adentra en los límites de la poesía del silencio, a un paso de la nada. El mar aparecerá escasamente tanto en su poesía como en su narrativa; la selva se configurará en las antípodas de la ciudad, paisaje no civilizado y refugio para aquellos que se han alejado de la razón o, en lectura política, para aquellos que se han alejado del status de la ciudad. En este punto conviene realizar una precisión, pues mientras en la narrativa de B. Atxaga la selva es el área de los marginados, en la poesía los marginados viven en la ciudad, núcleo de la modernidad, ambiguo, contrapuesto, dramático y expresionista.

La segunda fase estaría representada por una serie de poemas sueltos, que van retrocediendo hasta llegar a lo primitivo, a lo antropológico en busca de la luz y la comprensión, con una doble finalidad: de renovación estética, he ahí la presencia de la literatura oral, y por otra, la de lanzar un mensaje profundo en estos tiempos de xenofobia y racismo: arrinconar los elementos esencialistas de la sociedad, a favor del pluralismo y en contra del totalitarismo. En esta época y etapa Atxaga convierte en narradores de una realidad marginada a animales como es el caso del perro Xola, mezcla de pekinesa y fox terrier, y *Behi baten memoriak* ("Memorias de una vaca"). El siguiente apartado de J. Kortazar titulado "El *Etiopía* de Bernardo Atxaga en los ojos de Walter Benjamin" es, en mi opinión, un auténtico objeto de orfebrería.



La obra poética de Joseba Sarrionaindia (otro de los miembros de la banda Pott) bien se podría resumir en las siguientes palabras: la poesía y vida convertida en naufragio, o en la siguiente máxima: la literatura no cambia la sociedad, pero modifica la conciencia de los seres humanos y estos sí que pueden transformar la sociedad. En primer lugar se subrayan la tendencia de J. Sarrionaindia a la metaliteratura, algunos de sus gustos literarios (renovar la tradición, las canciones tradicionales de Zuberoa, el vanguardismo o el primitivismo) y de sus claras influencias (T.S. Eliot, el *Museo de cera* de Alvarez, la *Muerte en Beberly Hills* de Pere Gimferrer, Pessoa, Dylan Thomas, Holan, autores de novelas de marinos del siglo XIX —Conrad, Melville, Poe—, escritores de literatura fantástica —Cortázar, Borges—, las canciones populares de Irlanda, Mirande...). Después de mencionar todos estos afluentes literarios, J. Kortazar viaja en el cuaderno de bitácora de Sarrionaindia, desde *Izuen gordelekuetan barrena* (“Por los escondrijos del miedo”, poemario evocador, romántico y algo irracional, he ahí su famoso verso “escribe como la marioneta para las marionetas”), pasando por *Marinel zaharrak* (“Los viejos marinos”) y *Gartzelako poemak* (“Poemas de la cárcel”), ambos poemarios trágicos de carácter autobiográfico, hasta desembocar en *Hnuy illa nyha majah yahoo (Poemak 1985-1995)*, en donde aparece el País Vasco no como proyecto, sino como topografía de sueños y geografía de invenciones. El tema de la mística de la derrota, hilo conductor de toda la obra literaria de J. Sarrionaindia en ningún momento se rompe. En el siguiente apartado Kortazar analiza *Izuen gordelekuetan barrena* desde el punto de vista del paratexto, en donde logra ramificar la imaginación y la ilusión del lector por medio de vocablos que simulan grabados.

En tercer lugar nos encontramos con la poesía de Manu Ertzila, poética que con la influencia de Krutwig —fundador de Jakintza Baitha, grupo cultural que pretende crear un idioma a caballo entre el euskera y el griego clásico— va modelando dos orillas: una, la del aburrimiento, el absurdo, el feísmo o el cansancio de los simbolistas franceses con cierto punto de dandismo; y la segunda orilla, dialéctica entre la esperanza y la resignación y camino de un yin-yang un tanto singular.

El segundo capítulo está dedicado a la poesía de la experiencia y por él desfilan cinco poetas. La poesía de Felipe Juaristi se sitúa tras el agudo cambio producido por la irrupción de la Banda Pott, Bernardo Atxaga y Joseba Sarrionaindia en el mundo de la poesía vasca a principios de los años 80. Influenciado por el tono poético de Mikel Lasa y por la textura de Holan y Milosz, cultiva al modo de Milton una poesía humilde, sensual y vehemente, reflejo de la sen-

sibilidad colectiva, no de una realidad personal. Mientras que en sus dos primeros poemarios *Denbora, Nostalgia* (“El tiempo, la nostalgia”) y *Hiriaren melankolia* (“Melancolía de la ciudad”) se configuran en torno a una poética de lo sensible, el último libro *Laino artean zelatari* (“Espía en la niebla”) participa de una poética de lo pensable, basado en el aforismo y mostrando la imagen de la ciudad caótica, de la impresión de las ruinas de la memoria. En el apartado dedicado a Juan Kruz Igerabide, tras recalcar el trabajo investigador en la literatura infantil ejercido por él mismo y la importancia que concede a la analogía, analiza la evolución poética de los haikus de este autor y nos traslada su definición del haiku: “la expresión de un instante, esparcido hacia el todo”. Al comentar la obra de Amaia Iturbide intuye tres aspectos: en primer lugar, que *Gelak eta zelaiak* (“ Habitaciones y prados”) es pintura, pintura de la inconsciencia en gran medida; en segundo lugar, que el significado de “Ele epela” (palabras difíciles de traducir, que tan sólo podrían ser explicables por medio de un encadenamiento de imágenes y viajes estéticos) es clave para la comprensión de la prosodia, textura y texto del mencionado poemario y, en tercer lugar, que la palabra “verdad”, presente tanto en este libro de poemas como en el anterior se refiere tanto al plano ideal, en la línea de la estética de Lauaxeta como al concepto de verdad en el arte. Queda patente que el mundo elegido es el de las cosas pequeñas, alejado de cualquier tono de iluminación. Bajo el título de *Intermezzo* J. Kortazar se sumerge en la poesía de Imanol Irigoien, poesía a nado entre la luz y la pintura, en la dialéctica entre la luz y la oscuridad. Y dos nombres esenciales: María Zambrano y San Juan de la Cruz. María Jose Kerejeta con su *Ezezagun baten kuadernoa* (“El cuaderno de una desconocida”), diario crudo pincelado por algunos toques de exotismo y venecianismo, cumple en su totalidad las palabras de Luis García Montero: “el lenguaje del poeta no es más que el lenguaje ensalzado de la sociedad. Ensalzado, sí, pero infinito”. Son destacables las opiniones que Jon Kortazar recoge de Juan José Lanz y Víctor García de la Concha sobre la autobiografía ficticia. Finalmente define la poética de Juan Ramón Madariaga como la ausencia hecha presencia en el instante que se pronuncia la palabra a través de una voz que no es la suya dentro de su propia autobiografía. En el lenguaje poético de este autor podemos encontrar vestigios de Mirande, Lauaxeta y Rilke y vocablos procedentes de la lírica popular de Iparralde.

En el tercer capítulo Jon Kortazar estudia la poesía del País Vasco Francés, hasta hoy casi desconocida. En el prólogo, tras realizar un croquis de la realidad literaria de este territorio y recoger la opinión de algunos escritores, J. Kortazar nos subraya la labor de la revista-editorial

Maiatz y la poesía del grupo Uhargi, poesía política de tintes románticos y declamativos, salvo contadas excepciones. A continuación podremos conocer la poesía de Jean Louis Davant, poesía que después de una etapa política-declamativa va constituyéndose en una poesía de mensaje mítico y forma clásica, con una carga conceptual y semántica cada vez más acentuada. Itxaro Borda, voz rebelde e iconoclasta, nos ofrece un ramillete de versos y resumidas cuentas por medio de un caleidoscopio de registros y tonos poéticos cimentados en su biografía y experiencia. Jon Casenave desde la línea del lirismo y simbolismo ha labrado dos poemarios concebidos como viajes, en donde resalta, como si se tratase de un bajorrelieve de ballet, el juego de palabras sobre grupos de diferentes sintagmas. Aurelia Arkotxa en *Atari ahantziak* ("Los umbrales olvidados") nos dibuja geografías y topografías de la invención a través de una serie de recorridos iniciáticos y vestigios legendarios, con una evolución que va desde el mito al intimismo, realismo e incluso a la transcripción de la impresión que produce la realidad; todo ello en un lenguaje basado en el simbolismo y la estilización poética de la palabra relajada. Henriette Aire redacta desde su interior una poesía romántica y, a la vez, enunciativa.

El cuarto capítulo se inicia con una introducción sobre dos grupos poéticos: Ustela y Susa, respectivamente. El grupo Ustela surgido bajo la dirección de Koldo Izagirre en 1977 y con la participación de diversos poetas jóvenes, presentaba las siguientes características: imaginación, minimalismo y lenguaje impactante y surrealista. El grupo Susa, fundado en 1983, y como el anterior con el respaldo de Koldo Izagirre y la voz de poetas jóvenes, alza una poesía minimal, experimental-gráfica, surrealista, realista-política y no-sincrónica. A continuación Jon Kortazar disecciona la obra de cinco poetas en sendos apartados. Iñigo Arambarri, poeta vanguardista y hermético, reivindica una poesía comprometida. Jose Luis Otamendi por medio de una lírica que conjuga sensibilidad y firmeza, evolución y coherencia va constituyendo una poesía en contra de esta sociedad uniformada. Koldo Izagirre, literato polifacético, crea una poesía que se mueve entre lo experimental y la vanguardia, tomando como ejemplo a Maia-kovski. Omar Nabarro bucea en el surrealismo con una doble finalidad: explorar el mundo de las imágenes y desear transformar la sociedad buscando un prototipo de ser humano anarquista. Xabier Montoia manifiesta con voz estridente en sus poemas-rock un odio feroz a esta sociedad.

El quinto y último capítulo está formado por una galería de trece poetas no integrados en ningún grupo homogéneo. Andolin Eguzkitza, con un lenguaje bordado de finos sentimientos des-

criptivos y cierto toque exótico, escribe una poesía romántica, que confiesa, al igual que otros poetas como Sarrionaindia, Berrizbeitia o Mada-riaga, una fascinación sin par por Zuberoa, refugio mítico de la utopía. Felix Zubiaga conjuga el simbolismo vasco con el sentimiento religioso y la naturaleza panteísta en una poesía musical. Joserra Garzia, estudioso del bersolarismo, nos sirve ingeniosos juegos de palabras y paradojas sobre lo cotidiano, realizando incursiones en la metatextualidad y el metalenguaje; colaborador en diferentes medios de comunicación, se muestra hábil y profundo en la emisión de sentencias filosóficas sobre la realidad, repartiéndolas en poemarios con estructura de calendario. Joxe Austin Arrieta poeta neobarroco con infinidad de registros, referencias, técnicas, tonos, ritmos y temas. Joxean Muñoz poeta preocupado por los valores plásticos del idioma. Karlos Santisteban por medio de una estética descriptiva moldea poemas empujados por una fuerza interior. Luigi Anselmi "poeta maldito", que se mueve entre el deseo y la ironía, cincela una poesía culta de influencias anglosajonas y clásicas en una estética delicada que debe mucho al modernismo. Luis Berrizbeitia por las sendas del cultismo y la tradición, del neobarroquismo y la poesía narrativa resalta la palabra poética, la palabra mágica capaz de transfigurar la realidad; en su poética menciona a Borges y Kavafis. Migel Anjel Unanua cultiva cierto neoclasicismo. Patxi Ezkiaga excava dialécticamente una topografía estética y moral sobre la existencia de dimensiones mítico-místicas por medio de una poesía ética. Patziku Perurena, o el poder de la imaginación en una poesía romántica salpicada por briznas de irracionalismo. Pello Zabaleta, poeta clásico inmerso en la memoria, entre el dolor y la sensibilidad concede gran importancia a la palabra y el ritmo. Tere Irastorza, poeta de tonos elegiacos, construye un universo con pequeñas cosas funcionales y habita en él.

La amplia bibliografía con la que J. Kortazar finaliza su ensayo nos señala una vez más de una forma rotunda su amplitud de horizontes.

Admirador de los grabados y la pintura de Gabriel Ramos Uranga, el esteticismo de Lauaxeta, el tono estilístico de Antonio Tabucchi y la sugerencia de Pascal Quinard, lector fiel de los ensayos sobre poesía de Octavio Paz, casi sinónimo del romanticismo de Rafael Argullol y la palabra moderna e imaginativa de Gaston Bachelard, en esta su última obra Jon Kortazar nos brinda la oportunidad de degustar su estilo personal, entretejido por opiniones que son solamente suyas, con la misma propiedad del azul de Yves Klein. Nos deja constancia de su pensamiento, que no corresponde a la raíz clavada y arraigada en la tierra pesada, sino a la raíz del aire que se dibuja tras la huella o trazo diseñado quedadamente.